XI

VENDIMIARIO

PARA olvidar las desazones recibidas en nuestra Alhambra, para ahogar en vino las penillas, una visita á las pabellones del Champagne. Hay que considerar estos pabellones como la nota esencialmente francesa de la Exposición; como el espíritu que la anima y corre por sus anchas venas infundiéndole ligereza y alegría, engendrando dorados sueños. No asociéis la embriaguez al Champagne. La embriaguez es pesada, torpe, estúpida, camorrista, grosera; provoca la burla de los que están serenos. El Champagne burbujea, espumea, sonríe, eleva á grados de mayor espiritualidad la vida toda; el cerebro se llena de oro derretido, la imaginación campea libre; las ideas, siempre inmateriales, se hacen sutiles como el éter; los piés parece que se despegan de la tierra; los talones tienen alas, y no pesa el vivir. Sensación

que solo podría definirse diciendo que el Champagne, en corta cantidad, nos redime de la materia. Es el vino del alma.

Es además el vino nacional de este gran pueblo artista, que jamás cae en las lobregueces de la literatura y del arte del Norte, aunque caprichoso y hospitalario las apadrine. Es un vino latino, mediterráneo, presentido por Horacio, por Tíbulo, por Petronio. Bebida de poetas, carcajada inteligente del romanticismo francés, es la ironía de Musset, el aticismo de Merimée, lo fino de Francia, la chispa áurea que brilla en el ojo malicioso y provocativo del gallo galo! Si: el que ignora á Francia la adivina en su néctar orlado de encaje de espuma.

Este concepto del Champagne se expresa en la arquitectura del pabellón situado en el enorme palacio del Campo de Marte, en el emplazamiento de la antigua galería de máquinas, y construído por el sindicato del comercio de vinos de Champagne para su Exposición colectiva. Figuráos una cristalera, silla de manos ó carroza Luis XV, y os representaréis este pabellón de un *rococó* sensual, como si quisiese decirnos que el Champagne fue el vino de aquellas cenas del siglo XVIII, rebosantes de ingenio y de intelectualismo, y en que por última vez acaso fraternizó el alta aristocracia francesa con los altísimos entendimientos de filósofos y sabios.

Tan buena maña se han dado, que en el pabellón el industrialismo se oculta. Solo aparece la elegancia natural y seria de una casa que ya

de antiguo sabe recibir y sabe tratar bien. El pabellón tiene dos pisos, pintados de colores muy claros, que recuerdan los tonos de la espuma al sobrarse de la copa. Decoran el primero dos grupos escultóricos de vendimiadores, y corona el segundo otro grupo de *genias,* de hermosas mujeres, que bajo la influencia del *Champagne* se escorzan y flotan nerviosas, casi enloquecidas de gozo, sosteniendo en el aire una gran botella, cuya espuma se derrama en oleadas, y cuyo corcho, que acaba de saltar, se ve proyectado á lo más alto que alcanza la vista bajo la bóveda. A derecha é izquierda de este grupo dos remates, formados de un lado por la antigua copa ó *flûte*, del otro por el ancha copa moderna, pagana del todo.

Dentro del pabellón se *degusta* ó cata el Champagne. Criados de gran librea, de calzón corto, lo sirven en bandejas de plata. La copa cuesta un franco, y no es milagro si á este precio se bebe allí el mejor Champagne de las mejores marcas francesas. Cada día del mes corresponde á un individuo del sindicato, y ya es sabido que el día 6, por ejemplo, no se prueba más marca que la de la viuda de Clicquot. Numen protector del templo del Champagne, retuerce sus opulentas formas la estatua de *La Viña,* obra del escultor Etcheto. En estos países muy civilizados la industria es fuente de prosperidad para el arte, y chocolateros, perfumistas, bodegueros, peluqueros, encargan y pagan bien á los maestros estatuas y cuadros alusivos á sus empresas industriales.

En la planta baja del pabellón se realizan, á vista del público, las complicadas y prolijas operaciones de la elaboración del Champagne, que no puede ser un vino barato. Claro es que no vemos el cultivo ni la vendimia, sino en el bonito diorama del piso alto; pero presenciamos el embotellado, previo el azucarado; el encorchado; la colocación de las botellas en la bodega; la aparición de la espuma, que coincide con la primavera, como un brote de savia amorosa; la posición de las botellas cabeza abajo, para que las agiten diariamente por espacio de tres meses, á fin de reunír el poso, que se quita por medio del frío. helando la botella, juntándose las impurezas en un pequeño témpano que se forma en el cuello, y haciendo saltar por virtud de ácido carbónico el tapón y el témpano á la vez. Y entonces, al vino en estado *bruto,* sin azúcar (que se va transformando en ácido carbónico y alcohol), se le añade almibar de azúcar cande, se vuelve á corchar con el mejor corcho español, del alto Pirineo, se le pone el alambre, y se reviste la botella de su carta blanca ó dorada y de su cápsula reluciente. Siempre está atestada de curiosos la cueva del Champagne en la Exposición.

Este vino, que en opinión de una anciana señora, que fue muy amiga mía en París, la Condesa de La Châtre, es una falsedad (la Condesa era cosechera en el Condado de Champagne, no vendía, gastaba la cosecha en su mesa y con sus amigos, y elaboraba el vino al estilo de antaño, sin mezclas ni composiciones), cada día

es más solicitado en el mundo, á pesar de lo cual sus productores no cesan de anunciarlo, como si nadie lo conociese. De 1850 acá, la exportación del Champagne francés ha subido desde ocho millones de botellas anuales hasta la formidable cifra de veintinueve millones. Calculando por lo bajo, son cerca de ciento cincuenta millones de francos anuales *de ganancia.*

No todas las grandes marcas se han acogido al pabellón sindical. Hicieron rancho aparte dos casas muy conocidas: Moet y Chandon, y Mercier. Mercier es baratero; fabrica clases inferiores y regala una copa á quien la pide. La cola formada ante el pabellón de Mercier asusta. Moet y Chandon no desmiente su abolengo. El pabelloncito es una monería. Comprende piso bajo y alto, y en éste un jardín pensil, en el aire, delicioso de frescura, con su suelo de arena y sus plantas naturales y sus enredaderas que lo convierten en cenador. Está á disposición del público, lo mismo que el saloncito Luis XV, con sus auténticos muebles antiguos de tapicería de Aubusson y sus primorosas mesas consolas doradas, de talla; pero he notado que por la influencia de los sitios en el hombre, este pabellón de Moet no atrae á la muchedumbre, á los rurales que invaden la Exposición en tropel, llevándose bajo el brazo la botella de morapio y en los bolsillos la mal oliente merienda fría. Es un rinconcito de buena sociedad, la cual, discretamente, evita echar á perder el rico mobiliario, y admira los autógrafos regios

expuestos en vitrinas, el lindo y simbólico grupo del *Vino y el Amor,* que decora la chimenea, las colecciones de catavinos de plata, estilo Pompadour y María Antonieta,—todo lo artístico, delicado y señoril de este lugar. Y se confirma, con el aspecto del pabellón de Moet, lo que dije del Champagne, que es el vino que menos acción ejerce sobre los sentidos, el vino espiritual, que el Campoamor de hace treinta años hubiese ensalzado en una dolora semejante á la del café...

«O es cosa que piensa, ó es
materia que hace pensar...»

Pensar precisamente, no. Más bien lo que los italianos llaman *fantasticare.* Estos palacios, en cuyas cuevas la fermentación cumple su misterioso oficio, son en su parte alta la encantada residencia de la fantasía.

XII

UNA DEDADA DE MIEL

Habiendo tomado aliento y hecho la señal de la cruz, me dirijo á las secciones de la industria española, á ver como andamos por ahí y si nos luce más el pelo. Se oye repetir donde quiera, que de pocos años á esta parte y especialmente después de la guerra, crece nuestra industria y se abre para España un porvenir. Algo de esto latirá, algo de esto debe de percibirse en la Exposición.

Empiezo por las industrias artísticas. La primera que me sale al encuentro es la de ese pueblecillo de Eibar, consagrado enteramente á la labor del hierro y del acero y á la fabricación de armas, y que ha conseguido tener su estilo propio, inconfundible, del Renacimiento en el dibujo, en los procedimientos semioriental, pues he visto en el bazar turco y en la sección de Bosnia algo que se le parece, y que pro-